

Consecuencias felices de un bautismo.

ME acuerdo haber visto habrá como veinte años, un ejemplo admirable de todo lo que puede ser la persistencia de la caridad.—Un sacerdote apóstata y casado con un cómica, gracias á la proteccion de Fouquier Tainville, habia obtenido un destino de hacienda en una de las ciudades mas importantes de las provincias del Oeste.

Como en Bretaña, en Anjou y en la Vendee, el oro no la hace todo, el rentista habia visto desaparecer sus grandes ganancias en comidas y fiestas: las personas honradas le volvian la espalda, é irritado mas y mas su amor propio, lo hacia mas y mas malvado: desde su morada, que le llamaba su salon, partian incesantes y odiosas denuncias contra todos aquellos que creian en Dios y echaban menos al rey.

Cuando se entrega el alma al odio, se marcha de prisa por la pendiente de un abismo. La casa de este hombre se habia vuelto un lugar de conciliábulo para todo lo que habia de mas impio en la ciudad; y al mismo tiempo, un lugar de escándalo. Las personas honradas ponian todo su conato, en dias tales como aquellos que pasaban, en ser olvidadas de los caudillos políticos, y en vivir oscurecidas: así, todas éstas evitaban pasar por las puertas ni debajo de las ventanas del sacerdote casado. Este hombre ocupaba la antigua habitacion de un magistrado muerto en el cadalso.

En el interior de esta casa habia sido destrozado y mutilado cuanto pudiese recordar el antiguo reinado; las flores de lis de Francia, los armiños de Bretaña; y en sus grandes salones, donde antiguamente no habian pasado mas que graves é interesantes conversaciones, hijas de la decencia y de la buena educacion, al presente no se hablaba mas que de groseras é innobles bufonadas, palabras vulgares, y horribles y estruendosas risas.

En medio de todo esto, entre el sacerdote perjuro y la concubina, crecia un precioso niño: nada revelaba en él los séres que le habian dado la vida; era como un bello querubin estraviado de la senda del cielo, y próximo al abismo anchuroso del infierno. Su padre se acordaba de todo lo pasado, y sonrojándose de su presente, apartaba con cuidado del espíritu de su hijo todo cuanto pudiera inspirarle una idea religiosa. Como la idea de Dios, de que habia renegado, le atormentaba y remordia, quiso evitar á su hijo los tormentos que sentia. En cuanto á la madre

del desgraciado Mario, jamas habia tenido la desgraciada ni un pensamiento acerca de Dios, y no conocia mas sér supremo que á Robespierre. Púedese adivinar cuán de prisa marcharia el hijo del apóstata y la cómica por la senda abierta ante sí; tanto mas, cuanto que nunca habia oido hablar de deberes, y solo sin cesar de placeres y fútiles entretenimientos.

Mientras que Mario crecia, los acontecimientos políticos habian marchado á su ocaso: el directorio habia sucedido á la convencion, y el consulado al directorio. El general Bonaparte, que se sonrojaba de los excesos revolucionarios, y que queria moralizar la Francia para reinar en ella, desde que hubo convertido en cetro su victoriosa espada, quiso en seguida purificar todas las administraciones en que los *corrumpidos* y los *podridos*, habian encontrado el modo de introducirse en gran número. En esta limpia de los establos de Augias, el ex-sacerdote rentista fué destituido como concusionario, dilapidador de los caudales de la República: despues pasó el apóstata, desde su casa tan rica y espléndida, á la mazmorra. ¿Qué va á ser del jóven Mario, solo, con la desgraciada á quien está condenado á llamar su madre? Hasta el momento en que su padre habia recibido el justo castigo de su conducta, habia sin duda corrido los peligros de sus malos ejemplos; pero en fin, habia tenido en él una especie de apoyo. Su padre le destinaba a la carrera de hacienda: su madre encontraba que esta carrera era demasiado grave y seria para su hijo, y era para el teatro, donde ella habia brillado en otros tiempos, para donde lo queria.

Hé aquí, pues, al pobre niño, llegado ya á sus quince años, sin haber recibido el bautismo, sin haber visto jamas un crucifijo, sin haber pronunciado una sola palabra de plegaria; hélo aquí, en medio de todos los peligros, abandonado á todas las seducciones. Como todos nosotros, tenia su ángel de guarda; pero el desgraciado niño jamas le habia dicho: ¡Espíritu celeste, á quien Dios me ha confiado, ved como he quedado solo; velad por mí y ayudadme!

El Señor tiene sus caminos para salvar las almas, y vais á ver el que escogió para salvar á dos.

Cuando la consagracion del emperador Napoleon, fueron llamados todos los cantantes de los principales teatros de Paris, para formar con los coristas de las diversas iglesias un inmenso coro, que ejecutase un *Te Deum*, de la composicion de Lesneur. El jóven Mario, cuya voz y talento musical habian adquirido una especie de renombre en el teatro de la Opera Cómica, fué invitado para esta gran solemnidad; y quince dias antes del 2 de Diciembre de 1804, el hijo del sacerdote y de la cómica, pisó por primera vez el pavimento de una iglesia. ¡Oh! El habia visto

bien los teatros con todas sus mágicas decoraciones, los palacios con sus ricas y brillantes colgaduras; habia visto los cien mil fuegos y la radiante luz de las iluminaciones en las fiestas nacionales; y nada de esto habia conmovido su alma: pero esta vez, luego que pasó el umbral de la antigua y santa basílica; cuando vió estenderse ante él la espaciosa y alta nave, y apercibió en lontananza el santuario y el altar, un sentimiento desconocido hizo palpitar su corazón.

La primera noche, mientras la repetición del *Te Deum*, la casualidad. . . yo me equivoco, Dios, colocó al joven Mario al lado de un niño de coro de la catedral, que era conocido en la sacristía y en el seminario con el nombre del *pequeño santo*. La voz y la figura de este adolescente, estaban en armonía con el sobrenombre que le daban: su fisonomía tenia en efecto algo de angélica.

Antes de la gran fiesta de la consagración, se repitió muchas veces el *Te Deum* y siempre el joven Mario se encontraba en el mismo atril que el piadoso corista. A su edad se liga uno fácilmente; y así se formó bien pronto entre ellos una amistad que no debía ser estéril.

Cuando se acababan las repeticiones, jamás antes de irse faltaba el pequeño santo á rezar su plegaria de la noche en la capilla de la santa Virgen: Mario le siguió allí, aunque maquinalmente, porque él no sabia ni rogar, ni hacer la señal de la cruz, y se estaba arrodillado cerca de su nuevo amigo. Este, al salir de la capilla, se encontraba siempre con una muger, como de unos cuarenta años, de unas maneras distinguidas y de una piedad ferviente: era su madre. Tres dias antes del 2 de Diciembre esta señora no vino á buscar á su hijo, y los dos jóvenes amigos se volvian juntos; y como caminaban por los muelles para llegar á sus habitaciones, Mario dijo á su compañero:

—¿Por qué, pues, habeis estado hoy de rodillas mas largo tiempo que el de costumbre?

—Porque mi madre me tiene lleno de inquietud; sufre mucho, y he rogado por ella.

—¿Rogar! ¿Y qué es eso de rogar?

—¿Oh! . . . ; esto es imposible! Vuestro padre, vuestra madre, os lo habrán enseñado. ¿No os ha enseñado vuestra madre, cuando erais pequeño, á hacer la señal de la cruz?

—Ni de pequeño ni de grande: yo no la sé hacer.

—¿Oh Dios mio! ; Esto es imposible! . . . ; ¿Pues qué no sois cristiano? . . . ; ¿No habeis sido bautizado? . . .

—No, jamás. Mi padre y mi madre no tenían religion alguna: nunca rogaban, no iban jamás á la iglesia; y yo he hecho lo mismo que ellos:

La primera vez que yo he doblado las rodillas, ha sido á vuestro lado y por imitaros.

—¿Oh! tanto mejor, tanto mejor; que sea yo quien os haya inspirado esa idea. . . . Mario, bien sabeis lo que os amo, y yo sé que sois mi amigo; es preciso que las cosas no queden así. Es preciso que creais lo que yo creo; que esperéis lo que yo espero; que adoreis el Dios que yo adoro. . . . Cuando tengamos una misma creencia, entonces nos abrazaremos mejor. El otro respondió:—Yo bien quiero, Javier, que mi Dios sea el vuestro, ¿pero quién es ese Dios? jamás he oido hablar de eso.

—Desde esta tarde misma, querido Mario, venid donde está mi madre; es una santa, y ella os enseñará lo que todo cristiano debe saber: si vuestra madre no os espera, venid con nosotros, ¿Estais libre?

—Sí: esta noche no se trabaja en la Opera Cómica: ni ella ni yo tenemos que cantar.

—¿Qué! . . . ; ¿sois actor?

—Sí: desde que estamos arruinados, nos metimos en el teatro.

—¿Y tenéis padre todavía?

A esta pregunta, Mario no respondió; pero cubriendo sus ojos con las manos, el desgraciado niño rompió en llanto. Javier no le dirigió pregunta alguna mas, é hicieron silenciosamente el resto del camino: bien presto llegaron á la calle Jacob, al modesto alojamiento de Madama d'Urbois viuda de un antiguo negociante, y que no teniendo mas á quien amar sobre la tierra, que al hijo que su marido le dejó al morir, habia depositado todo su afecto sobre este niño.

Madama d'Urbois era una de esas mugeres cristianas, de que por dicha hay muchas en Paris; séres mas apegados al cielo que á la sierra, por la elevación de su alma, la pureza de su conducta, y la extrema delicadeza de sus sentimientos: mugeres que comienzan oyendo la misa del alba, por poner el dia bajo la protección de Dios; madres de familia que ocupadas de las necesidades de su casa, no son, sin embargo, estrañas á las artes ni á la sana literatura. Existia entre Madama d'Urbois y su hijo una confianza ilimitada, de tal manera, que el joven jamás se acostaba, sin haber hecho á su madre una relacion circunstanciada de cuanto le habia pasado en el dia: por lo mismo, sabia la naciente amistad de Javier por Mario. Cuando los vió entrar á los dos, dijo á su hijo: Te agradezco, hijo mio, me presentes á tu nuevo amigo; y á vos, señor, os agradeceré tambien que ameis á Javier; porque Dios nos ha puesto en este mundo para amar y hacernos amar.

En esta primera entrevista de Madama d'Urbois con los dos jóvenes, penetró con esa doble perspicacia de muger y de madre, cuanto faltaba

á Mario. Dios le habia dado mucho; pero su educacion, lejos de erhab correspondido á estos dones, no habia hecho mas que aminorarlos; faltaba, pues, volver al adolescente aquello que habia recibido de la Providencia, de que sus malos padres lo habian privado. La idea de que ese jóven no estuviese aún bautizado, exijia con urgencia comenzar la educacion cristiana del amigo de su hijo: le invitó á venir la mañana siguiente á almorzar con Javier, y le previno que, como tenia que venir á su casa, debia pedir á su madre el permiso de pasar el dia con ellos. Mario respondió, que su madre estaba ausente, y que le quedaban libres todos los dias.

Al dar esta respuesta á Madama d'Urbois, un pensamiento triste y lastimoso traspasó el corazon de Mario; comparó la madre que tenia á la vista, con la que le habia dado la naturaleza. El dia siguiente estuvo exacto á la hora indicada; y Madama d'Urbois, ingeniosa por su celo en la salud de las almas, quiso que este dia fuese agradable á los dos jóvenes. Despues del desayuno, los condujo á visitar muchos monumentos de Paris; de aquellos capaces de conmover el alma, é inspirar elevacion de pensamientos. Como puede adivinarse, muchos de los edificios visitados fueron iglesias, porque allí hay siempre alguna cosa para el corazon, al mismo tiempo que para los ojos, para el artista, y para el cristiano ferviente. Dios habia querido, que en el momento mismo en que Javier y Mario entraban en la iglesia de San Estévan del Monte, llegase al propio tiempo un entierro: iba un pequeño ataúd con su sábana mortuoria blanca, y su corona de siemprevivas, y lo que el sacerdote cantaba al recibir el muerto en la iglesia, era el himno de accion de gracias, el *Te Deum*.

—¡Es singular, dijo Mario á Javier, entonar un canto de alegría para un muerto!

—Es que este muerto, es un ángel mas para el cielo, respondió la madre de Javier; y de aquí tomó ocasion para explicar á Mario, que el bautismo daba una eternidad feliz, no solo á los niños, sino tambien al hombre que lo recibia con esa persuacion que daban las creencias vivas. La piadosa católica esplicó claramente la necesidad del primero de los sacramentos. Pintó los ángeles del paraíso rodeando el bautisterio, para recibir el niño recién nacido que es llevado allí. . . . Luego que la criatura ha sido lavada en las aguas de la gracia, uno de estos espíritus celestes debe ser su guardian por todo el resto de sus dias.

—¿Y se puede ser bautizado en toda edad? preguntó el hijo de la cómica, y del malvado padre.

—¡Oh! sí, sin duda, exclamó Javier; y si tú quieres, podrás hacerlo desde mañana, y despues serémos hermanos en Dios.

—Señora: hacedme bautizar en seguida.

—Vos me conduciréis á casa de la señora vuestra madre; yo le pediré el permiso de instruiros, respondió Madama d'Urbois.

—¡Mi madre. . . ! Podemos hucerlo todo sin su intervencion. . . . Al presente está ocupada esclusivamente de una nueva contrata para ella y para mí. . . . Por otra parte, ella no entiende cosa alguna en materia de religion.

—Pues bien; voy á comenzar á instruiros, y cuando sepais lo que debeis saber, Javier será vuestro padrino. . . . vuestro padrino espiritual: él responderá de vos ante Dios y ante el sacerdote. Yo os daré tambien una madrina, una madre, segun la gracia.

A estas palabras, la alegría de Mario fué completa; se arrojó en los brazos de Javier, repitiendo: Nosotros nos amaremos mas todavía. ¡Oh, qué dicha! Decidme, señora, todo lo que debo saber, para aprenderlo sin tardanza. . . . para que sea cristiano lo mas pronto.

Desde este divino dia, Javier y su madre dieron su primera instruccion al jóven neófito. Este dia pasó pronto y dulcemente para los dos jóvenes: alguna vez los dias de dicha tienen su mañana; hé aquí una prueba.

El 19 de Diciembre, Mario y Javier se habian dado cita para Nuestra Señora, prometiéndose ir á ver juntos los aprestos que se hacian sobre el camino que debian seguir el Santo Padre y Napoleon, para llegar á la catedral. En un punto donde se estrechaba una de las calles designadas como debiendo ser seguida por el cortejo, los arquitectos encargados del adorno tuvieron la idea de levantar en madera un arco de triunfo para encubrir la irregularidad de este pasaje: los dos jóvenes amigos se habian detenido allí para leer las inscripciones *grabadas sobre el granito en tela pintada*, que estaba destinada á la construccion de esta puerta triunfal; los carpinteros, apurados por el tiempo y por los vigilantes de la fiesta, se apresuraron (sin tomar las precauciones debidas) á fijar las viguetas y largos travesaños de palo en la cima del edificio. Entre tanto, el tropel de gente era compacto y apiñado; y luego que una patrulla de caballería vino á pasar por esta calle para despejarla, hubo un flujo y reflujo en la multitud: en este movimiento, Javier y su amigo fueron empujados hasta debajo de la viga todavía mal sujeta. . . . Uno de los travesaños se desprende de una altura de mas de veinte piés, y una de sus estremidades alcanza á Mario en la cabeza: cae al golpe, ensangrentado é inmóvil. . . . en seguida fué llevado como muerto, y depositado en una casa vecina. . . . Javier, cuyo dolor se conocia, lloró, y sus lágrimas corrieron por el rostro del herido mezclándose á su sangre. Despues de algunos instantes, Mario reposaba sobre un lecho, y el jóven d'Urbois dijo al médico que acababa de hacer llamar: "Señor, asegúradme si vive toda-

via; salvad su cuerpo, que yo voy á salvar su alma." La buena señora en cuya casa se habia depositado el enfermo, y á quien Javier dijo algunas palabras, le trajo su pila de agua bendita. Despues de haber apartado de la frente los cabellos ensangrentados de su amigo, elevando los ojos al cielo, y haciendo la señal de la cruz, el piadoso cristiano vertió el agua santa sobre la cabeza de Mario, diciendo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.*

El pequeño santo habia tenido en este acto tanta piedad y tanta fé; la espresion de su semblante era tan angelical, su emocion tan visible, que todos los espectadores de esta escena habian caido de rodillas. y el médico, que durante el bautismo no habia levantado la mano de encima del corazon de Mario, dijo á la señora de la casa: Creo bien, que no es un muerto el que se acaba de bautizar.

No, no era ciertamente un muerto: Dios en su inescrutable misericordia habia decretado que este bautismo, dado por un adolescente á otro adolescente, salvase mas de una alma. Mario habia recuperado sus fuerzas al cabo de algunas semanas: no hay necesidad de pintar cuánto se habia hecho encantadora y dulce, la amistad de estos dos jóvenes. Sus dos almas, como las de David y Jonatás, no formaron mas que una, para alabar y cantar las alabanzas del Señor. La mas bella flor de los jardines se convierte todavía en mas bella, si la colocais bajo los rayos del sol naciente, si la esponeis al rocío del cielo. Lo mismo es en la amistad, el mas dulce de todos los sentimientos; ponedla bajo las miradas de Dios; aproximadla á las fuentes de la gracia, y se hará mucho mejor. Javier y Mario se habian convertido en dos verdaderos hermanos, y por espacio de mas de siete años vivieron en Paris. Madama d'Urbois, por la consideracion de que gozaba con el arzobispo Monseñor Juigné, consiguió una plaza bien lucrativa en la secretaría para Mario, abandonado del todo por su madre, y que por sí mismo habia renunciado á todo lo que le ligaba al teatro: en cuanto á su caro Javier, habia hecho tantos adelantos y dado tan grandes pasos en el sendero de la piedad y de la virtud, que era uno de los sujetos mas distinguidos en el seminario de San Sulpicio.

Hay por el mundo madres que se desolan y cuyo corazon se desgarrá el dia en que sus hijos vienen á declararles que Dios los llama á sí, y que su vocacion es hacerse sacerdotes. ; Oh! El dia en que Javier vino á hacer tal declaracion; el dia en que, despues de haber comulgado, vino á abrazarse á sus rodillas, y le dijo tomándole las manos: "Madre mia, yo no quiero amar mas que á Dios y á vos: yo quiero consagrarme á su servicio, á sus altares, y allí rogarle cada dia para que os cubra de sus bendiciones. Madre mia, ¿consentís?"

¡Oh! entonces. yo os lo aseguro; la madre cristiana llora. llora mucho; pero es de alegría. Esta dicha indecible, de apegarse mas al cielo que á la tierra, es la que hace correr su llanto.

Levantándose de su sillón, fué Madama d'Urbois á arrodillarse en su reclinatorio. Al cabo de algunos instantes, pone sus dos manos sobre la cabeza de su hijo, que estaba de rodillas á su lado. Hijo mio (le dijo), tú llenas mi corazon de una santa alegría, tú llevas la mejor parte, y yo he bendecido á Dios. Que él te tome bajo su proteccion; yo te encomiendo á él.

Cinco años habian pasado desde que este permiso maternal fué otorgado á Javier; y como para recompensarla su sacrificio, una gran felicidad habia favorecido á la piadosa madre. Habia asistido á la primera misa de su hijo. El tiempo marchaba, pues, dulcemente y sin desgracia, hasta que un dia, Mario, pálido y jadeando, descompuesto el rostro, llegó á la casa del joven sacerdote. "Javier, le gritó entrando en su oratorio, no tenemos instante que perder. Ve; lee esta carta. Y diciendo estas palabras, la pone en manos de Javier.

Esta carta, fechada en Tolon, estaba escrita por el director del presidio, que prevenia á Mario, que su padre, atacado de una enfermedad mortal, pedia verlo antes de morir.

Tendiendo la mano á su amigo, le dijo Javier: estoy dispuesto; dentro de una hora estaremos en camino: la nueva que recibimos es terrible. Pero yo veo en esto el dedo de Dios; corramos, pues, al lugar que él nos designa; partamos."

Antes de entrar en el carruaje, el joven sacerdote recibió una doble bendicion; la de su superior, y la de su madre.

De Paris á Tolon el espacio es inmenso, y la marcha pareció bien larga á los dos viajeros. En fin, hélos aquí llegados al punto. . . . punto terrible, de pasar por el hijo del viejo condenado á morir en este lugar, guardado del deshonor y del crimen. Ha querido entrar solo en el cuarto de la enfermería donde yace sobre un mal lecho el presidiario. Javier se detiene en una pieza próxima, y ruega á Dios inspire el corazon del criminal. . . . Al ver á Mario, el viejo tiende los brazos, y el hijo se arroja sobre el seno paternal, correspondiendo el abarazo del moribundo. . . . Solo en un momento igual, en aquel en que la muerte estiende su brazo sobre nu sér que os ama, es en el que podeis recordar sus tormentos, á la vez que sus crímenes. Mario, pues, lloraba con su padre. . . . Lo compadecia, y sus sollozos se redoblaban, cuando el viejo le repetía. . . . Yo creí que tú no habrias querido venir. . . . creí que hoy, que eras devoto, tendrías tanta vergüenza de mí, que permanecerías en tus iglesias rogando

á tu buen Dios. Mario, yo te agradezco que hayas venido á verme un momento antes que sea arrojado á la tierra.... Bien pronto habrá acabado todo para mí.... y tú.... tú, no volverás á pensar mas en el presidiario.

—¡ Padre mio! ¡ padre mio! no me habéis así.... sois injusto conmigo.... jamas os borraré de mi memoria.

—¿ Qué.... tú pensarás sin maldecirme, sin sonrojarte de vergüenza, en el sacerdote apóstata y casado....?

—¡ Oh.... siempre....! Sin cesar, rogaré por vos.

—¿ Y á qué Dios te atreverás á rogar por mí....?

—Al mio y al vuestro....

—Yo no lo tengo ya.... Yo he renegado de aquel de mi juventud.... Yo me hice apóstata, impúdico, falsario....

—Sois cristiano, y este título.....

—Por este título, debo ser condenado.

—Teneis sobre vos la sangre de Jesucristo, padre mio; y una sola gota de esta sangre divina sobre vuestra alma.... la puede salvar..... ¡ Oh!.... yo os suplico, que escuchéis al amigo que me ha acompañado cerca de vos.... el amigo que ha esparcido sobre mi frente el agua santa del bautismo, y que ha venido á ser tan querido como un hermano.... Dejadme conducirlo cerca de vos.

—¡ Qué.... vas á mostrar á tu padre, infamado.... marcado.... presidiario....! Bien.... si tienes tanto valor.... si ha venido de tan lejos para acompañarte aquí.... hazlo entrar. Yo he sido bien vicioso; yo he cometido bastantes crímenes; yo he aglomerado bastantes infamias sobre mi nombre.... Pero no quiero ser ingrato.... Así, ya que viene, lo recibiré.

—¡ Bendito seais, padre mio, bendito seais, dijo Mario corriendo á buscar á Javier. Y el viejo criminal, pasando y repasando sus manos sobre la frente y por sus ojos, como para rechazar las tinieblas, repetía muchas veces.... “¿ Qué ha dicho....? Bendito seas.... bendito seas.... ¡ Oh, desde hace veinte años, jamas habia oido semejantes palabras.....”

En este instante, mientras que el viejo lanzaba en derredor sus estraviadas miradas, entra Mario con Javier, vestido con su sotana. A esta vista el enfermo dando un grito, se cubre los ojos con ambas manos, y dice con espanto: “¡ Un sacerdote..... un sacerdote! Mario..... que se vaya.... échale de aquí.... ¿ Cómo quieres tú, que yo pueda mirar un sacerdote....? ¿ Cómo quieres tú, que un sacerdote pueda mirarme sin horror....?”

—Mi hermano en Jesucristo, respondió Javier con una voz llena

de una dulce bondad; hermano mio, yo os vengo á traer la paz del perdon.

—¡ La paz....! Ya no existe para mí.... ¡ El perdon....! ¿ Cómo quereis vos que yo lo pueda alcanzar?

—La bondad de Dios es inagotable.

—Mis prevaricaciones son sin cuento.

—Arrepentios de ellas, y el Señor las arrojará tan lejos de sí, que no las volverá á ver mas.

—¡ Ah! Vos me decís ahora las palabras que en otro tiempo les decia yo á los otros.

—Ellas siempre son verdades: el arrepentimiento lo borra todo.

—¡ Oh, sí, padre mio, continuó Mario, la misericordia de Dios perdona á todos.... Aunque jóven, yo tambien tenia necesidad de perdon, y al presente gozo una paz que quisiera daros.

Hablando así, el hijo del renegado, besaba las manos de su padre, y las bañaba con sus lágrimas.

—Ved, hermano mio, replicó Javier; ved ¿ la bondad de Dios, no se revela toda en vos, por la presencia de vuestro hijo? ¿ No es este paso para vos el principio de las misericordias divinas?

—Sí.... yo lo conozco.... es efectivamente un beneficio....

—De que seguirán otros; no lo dudeis.... vuestro hijo no me ha traído cerca de vos, mas que para esparcirlas de nuevo sobre vuestra cabeza.

—Mi cabeza se ha encanecido en el crimen.... Yo he envejecido en la iniquidad....

—La contricion lava esas manchas; y el Señor os rejuvenecerá como el águila, por una eternidad bienaventurada....

—Todo eso que me decís yo lo he creído.... Yo quisiera creerlo todavia.

—Nosotros rogarémos porque os vuelva la fé.

—Sí, sí, padre mio, dijo Mario, yo rogaré con todas las fuerzas de mi alma.

—Hijo.... te agradezco que hayas venido.... Si mi mano no estuviese demasiado manchada, la estenderia sobre tí para bendecirte.

Despues de estas palabras hubo un silencio glacial. Javier habia sacado del seno uno de esos crucifijos que los hijos de Loyola llevan siempre sobre ellos, y una reliquia de la verdadera cruz, y los habia puesto sobre el velador cerca del lecho del viejo.

En este momento de silencio se conocia que el pecho del enfermo se llenaba de agua, la respiracion se hacia mas difícil, la emocion parecia amenazar una crisis.... No habia, pues, momento que perder ademas del

perdido: el adormecimiento soporífero del enfermo duró mas de una hora; esta hora fué empleada en horar.

En los instantes del sueño de los moribundos, de ese reposo que precede al gran reposo de la tumba, se operan frecuentemente los milagros de misericordia. Dios se hace ver entonces á los ojos cerrados, habla á los oídos sordos, y toca al corazon que va á cesar de latir. Esto fué tambien lo que sucedió mientras que Javier y Mario habian rogado en silencio cerca de la cama del viejo. . . . y cuando este recobró la vista, su primer mirada se dirigió al Crucifijo; su primer movimiento fué llevar la mano hácia la pequeña tabla en que acababa de ver la señal del perdon. . . . pero de golpe la retiró, como indignado de tocarla. . . . Entonces Javier tomó la cruz y le dijo: La cruz pertenece al pecador: para salvar al pecador, se hizo el Hijo de Dios clavar en ella, y murió por nuestra salud: llevad este crucifijo á vuestros labios; para vos lo he colocado aquí.

El enfermo con una voz bien débil respondió: Mis labios deben estar purificados por la confesion de mis pecados, antes que bese los piés del Salvador. Vos, ministro de misericordia y de perdon, quedad solo conmigo: y tú, pobre hijo mio, ve á rogar de rodillas en la vecina iglesia y que tu amor filial interceda con Dios, y arranque á su justicia el perdon del sacerdote apóstata.—A una señal de Javier, Mario tomó la reliquia de la verdadera cruz y la hizo besar á su padre, á quien abrazó despues, derramando abundantes lágrimas, menos amargas ya por la esperanza de la completa conversion del viejo.

Luego que el viejo sacerdote, que en otro tiempo habia renegado de Dios, y el sacerdote jóven que le servia con toda su pureza, con todo el fervor de su alma, se encontraron solos, pensaron cosas tan santas, tan inefables, que la pluma no debe intentar relatarlas.

Cuando despues de mas de una hora de ausencia Mario volvió á tocar á la puerta de la cámara de su padre, Javier se presentó y le dijo: Amigo mio, dad gracias á Dios, pero no entreis todavia, vuestro pobre padre quiere estar solo conmigo toda la mañana. . . . idos, y rogad al Señor. . . . Estas pocas palabras fueron bastantes para esparcir un bálsamo de consuelo en el alma del jóven cristiano. Poseido intuitivamente de un pensamiento fijo de que nada podia distraerlo, visitó todas las iglesias, se arrodilló ante todos los altares, repitiendo en todos la misma plegaria: ¡Dios mio, salvad el alma de mi padre. . . .! ¡Virgen santa, refugio de pecadores, rogad por él!

Sus plegarias no fueron vanas; cuando ya cerca del medio dia volvió donde estaba el sacerdote arrepentido, encontró ya otra espresion en su semblante; vió en sus ojos que habia llorado mucho, y con una voz dulce

y cariñosa dijo á Mario: "Hijo mio, ya puedo abrazarte y bendecirte. . . . Que el Dios que me acaba de perdonar, perdone algun dia á tu madre, has por ella lo que has hecho por mí. . . . Llévale este hombre de misericordia. . . . Yo te bendigo, hijo mio: sé siempre puro; y mas feliz que aquellos á quienes debes el ser. Yo te he dado una triste vida acá abajo; y tú, hijo mio, has hecho demasiado, me has puesto en el camino de la vida eterna. Sé, pues, tres veces bendito."

El resto del dia fué tranquilo; sin embargo, las fuerzas del viejo disminuian rápidamente: cerca de las diez de la noche, despues que el moribundo habia recibido el sagrado viático y la extrema-uncion, comenzó la agonía y á eso de la media noche, el alma en otro tiempo manchada por la apostasia, pero que la contricion y los sacramentos de la penitencia, de la extrema-uncion, y de la Eucaristía acaban de lavar y de preparar para el cielo, pasó del tiempo á la eternidad, y de la justicia de los hombres á la misericordia de Dios.

